

ALFONSO GÓMEZ MORENTÍN, CONFIDENTE
Y AMIGO DE FRANCISCO VILLA

CÓMO ERA EL GRAL. FRANCISCO VILLA
Habla Alfonso Gómez Morentín, el hombre que fue
confidente y amigo del guerrillero mexicano

CAPÍTULO I

Triunfante en la Cuesta de Sayula después de un terrible y sangriento combate con las fuerzas constitucionalistas a las órdenes del general Manuel M. Diéguez; ocupada por sus fuerzas la Ciudad de México; dominado completamente el norte del país; arrojadas las fuerzas carrancistas hasta poco más allá de los límites de Nuevo León con Tamaulipas, el general Francisco Villa, jefe de la poderosa División del Norte, era prácticamente el dueño de México a principios de 1915.

El convencionismo

Después del triunfo de Sayula, el general Villa se disponía a continuar el avance sobre las diezmadas fuerzas de Diéguez, teniendo como objeto el puerto de Manzanillo, cuando recibió una comunicación alarmante del general de división Felipe Ángeles, quien se encontraba en Monterrey, pidiéndole refuerzos para hacer frente a la ofensiva iniciada por el jefe constitucionalista, general de división Pablo González.

El general Villa se vio en la necesidad de abandonar momentáneamente sus planes para continuar el avance sobre el puerto del Pacífico, movilizándose rápidamente hacia el norte a fin de prestar auxilio al general Ángeles.

Fue esta movilización de las fuerzas villistas lo que permitió a los constitucionalistas de la costa occidental llevar a cabo una rápida reorganización y emprender una ofensiva, reconquistando en poco tiempo el terreno que habían perdido ante el arrollador avance de la División del Norte.

Y al mismo tiempo que el general Diéguez avanzó de nuevo hacia el estado de Jalisco, el general Álvaro Obregón, con gran actividad, organizó un cuerpo de ejército que movió rápidamente desde el oriente y centro hasta el Bajío.

Cuando el general Villa, después de haber auxiliado a Ángeles, volvió la cara hacia el terreno que había abandonado inesperadamente después de haberlo conquistado, se encontró con una formidable fortaleza levantada en la región del Bajío por el general Álvaro Obregón. Dispuesto a dar la batalla definitiva, el jefe de la División del Norte respondió al desafío de Obregón, llegando hasta las goteras de Celaya, donde se efectuó una de las más sangrientas batallas que se registra la historia de México.

Derrotado en Celaya, Villa continuó defendiendo palmo a palmo la región del Bajío, retirándose, al fin, al norte del país, donde la famosa División fue desgranándose poco a poco.

GRUPO DE CONSPIRADORES EN TODAS PARTES

Empezó luego la guerra de guerrillas, con un paréntesis con motivo de la expedición punitiva americana, que se retiró de territorio mexicano en los primeros días de enero de 1917.

Mientras tanto, el gobierno de don Venustiano Carranza parecía haberse consolidado definitivamente en el país.

José C. Valadés

Sin embargo, los miles de hombres fieles al general Villa continuaban esperando el momento oportuno para reiniciar serias actividades en toda la República. Los villistas conspiraban en México y conspiraban en el extranjero.

Entre los más caracterizados villistas que en los Estados Unidos formaban planes para la reiniciación de la lucha, se encontraban el licenciado Miguel Díaz Lombardo, el general Felipe Ángeles, don José María Maytorena, don Manuel Bonillas y don Enrique Llorente.

Nuevos planes, nuevos propósitos, nuevos entusiasmos partían de este interesante grupo villistas, cuya matriz residía en Nueva York.

Trabajando con igual ahínco se encontraban otros muchos grupos conspiradores en diferentes partes de México. Pero el grupo principal residía en la capital de la República.

Un nuevo motivo de lucha pareció ser la expedición de la Constitución de Querétaro, que había promovido una seria agitación no sólo en el país, sino en el extranjero, cuyos intereses invertidos en México parecían ser afectados por la nueva Carta Magna.

El día de la reanudación de la lucha parecía llegar de un momento a otro y los conspiradores de la ciudad de México consideraron necesario ponerse en contacto no solamente con los miembros de la junta de Nueva York, sino también con el general Villa.

Un hombre arriesgado era necesario para que marchara a Nueva York y luego al estado de Chihuahua para informar al guerrillero duranguense de los propósitos de sus amigos y partidarios. Para desempeñar esta peligrosa comisión fue designado Alfonso Gómez Morentín. Siendo portador de cartas muy comprometedoras, Gómez salió de la Ciudad de México en los primeros meses de 1917, dirigiéndose a El Paso, Texas.

Al llegar a la ciudad fronteriza americana, se puso en contacto con los agentes villistas, enterándolos de su misión y pidiéndoles que le indicaran los medios para dirigirse hasta el lugar donde se encontraba el general en jefe.

Al mismo tiempo se dirigió telegráficamente al licenciado Díaz Lombardo, que estaba en Nueva Orleans, indicándole el objeto de su viaje y pidiéndole una cita para entregar los documentos. Díaz Lombardo contestó a Gómez invitándolo para que continuara su viaje hasta Nueva Orleans, donde cambiarían impresiones. Habiendo ya concertado una cita con el general Villa por medio de los agentes de El Paso, el comisionado de los conspiradores de la Ciudad de México resolvió hacer un viaje rápido a Nueva Orleans.

El convencionismo

Llegó al puerto americano e inmediatamente se dirigió al lugar señalado por Díaz Lombardo para la conferencia, pero el prominente villista no estaba en su domicilio, y Gómez Morentín resolvió esperarlo frente a la casa donde había de celebrarse la conferencia.

Dos horas tenía el comisionado en espera de Díaz Lombardo, cuando fue detenido por varios policías y conducido al Departamento de Justicia, donde fue sometido a un severo interrogatorio, por sospechoso.

Gómez explicó a la policía la causa por la cual había estado frente a una casa durante dos horas; pero en los momentos que discutía, un policía observó que en el bolsillo interior del saco llevaba un bulto con papeles y en un instante se vio despojado de los documentos de que era portador.

El hecho de que llevara cartas dirigidas al general Francisco Villa causó sensación entre los empleados del Departamento de Justicia de Nueva Orleans, que no salían de su asombro.

—Señor Gómez —le dijo el jefe del Departamento de Justicia—, *siento decirle que su caso es bien difícil; tengo que poner en conocimiento del Departamento de Estado estos hechos. Por de pronto quedará usted preso durante veintisiete días en la cárcel del condado, por sospechoso, y después veremos qué hacemos con usted; todo depende de las órdenes que recibamos de Washington.*

Como el delegado de los conspiradores pretendiera hacer objeciones, el jefe del Departamento añadió:

—*Es inútil, señor Gómez, que usted haga gestiones para salir en libertad; no habrá abogado capaz de evitar que usted esté preso por sospechoso durante veintisiete días. Le aconsejo que no gaste usted en abogado defensor, por ahora. Espere usted a que el Departamento de Estado dicte sus órdenes.*

Gómez Morentín aceptó tranquilamente la pena que se le imponía y sólo suplicó al jefe del Departamento de Justicia que el texto de los documentos que se le habían quitado no fuera hecho público, ni menos mostrado al cónsul que representaba al gobierno del señor Carranza.

—*Es humano lo que pido* —explicó Gómez Morentín— *porque en esos documentos figuran nombres de numerosas personas que se encuentran en la Ciudad de México y que si llegan a ser descubiertas, correrán graves peligros.*

Caballerosamente, el jefe del Departamento de Justicia accedió a la petición.

EN LIBERTAD

Gómez fue enviado a la cárcel del condado, donde al día siguiente fue visitado por el licenciado Díaz Lombardo y otros prominentes villistas exiliados.

Siete días después, y cuando ya dormía en la celda que ocupaba en la cárcel, Gómez fue despertado por un policía del Departamento de Justicia, que le indicó que había órdenes de ponerlo en completa libertad.

Lleno de alegría, se puso de pie y al ser llevado ante el Jefe del Departamento, éste le manifestó que había recibido órdenes de Washington para que se le pusiera en libertad y se le devolvieron los documentos.

—Señor Gómez —le dijo el jefe del Departamento—, *tiene usted autorización para transitar por todos los Estados Unidos, libremente.*

Viéndose libre, Gómez Morentín no pensó más que en terminar de cumplir la comisión que le habían dado sus compañeros de la Ciudad de México, y después de recibir algunas recomendaciones del licenciado Díaz Lombardo, marchó a El Paso, Texas, donde nuevamente se puso en contacto con los agentes villistas para pasar a territorio mexicano y llegar hasta el lugar donde se encontraba el general Villa.

Dos o tres semanas después de haber llegado a la ciudad fronteriza, el delegado de los conspiradores fue advertido de que podía cruzar la línea divisoria en un punto llamado Lajitas, frente al cual lo esperaría un grupo de villistas al mando del jefe Luis Montoya.

Conducido por un par de guías, Gómez Morentín llegó hasta el punto indicado, internándose a territorio mexicano, donde encontró al grupo de Montoya, poniéndose en marcha inmediatamente hacia el sur.

El grupo villista caminaba con todo género de precauciones para evitar el encuentro de tropas federales. Al fin de la jornada de cada día, Montoya recibía noticias sobre el lugar donde se encontraba el general Villa, hasta avisar a Gómez, jubilosamente, que el famoso guerrillero acababa de derrotar al general Francisco Murguía, en Rosario, Durango.

Los villistas siguieron avanzando hasta llegar a las inmediaciones de Cargargo, donde tuvieron noticias de que el general se encontraba ocupando la plaza.

El convencionismo

FRENTE AL GENERAL VILLA

Cuando Gómez Morentín llegó a Camargo, la población se encontraba de fiesta. El general Murguía había sufrido una de sus más serias derrotas, habiendo dejado en el campo de batalla más de dos mil cuatrocientos muertos y retirándose precipitadamente hasta la ciudad de Chihuahua.

El jefe del grupo recién llegado supo que el general en jefe se encontraba en una loma en las orillas de la población, presenciando el desfile de sus tropas que después habían de seguir hacia el norte en persecución de los federales. Sentado sobre un pequeño montón de piedras, con la vista clavada en los hombres que iban desfilando a unos cuantos metros de distancia, el famoso guerrillero estaba rodeado de los principales vecinos de la población.

Al saber que había llegado la guerrilla de Montoya y que con ella llegaba también una persona que le traía cartas de México y de Nueva York, el general se puso de pie, y acercándose a Gómez Morentín, lo saludó afectuosamente.

El delegado entregó al general las cartas de que era portador. Villa vio uno a uno los sobres y, desabotonándose la guayabera, se guardó cuidadosamente las comunicaciones en un bolsillo interior.

—*Luego platicaremos*—dijo el guerrillero a Gómez Morentín, con gran confianza, después de clavar la mirada en el comisionado, para reconocerlo.

Villa había visto a Gómez por vez primera a principios de 1914 en Ciudad Juárez, y más tarde en algunas ocasiones cuando había desempeñado comisiones cerca del jefe de la División del Norte.

—*Luego platicaremos, Gomitos...*—repitió el guerrillero, añadiendo con un tono de satisfacción—: *Ora estoy reparando los daños que hicieron los carrancistas...*

¡TODOS A TRABAJAR!

El general volvió a sentarse, hasta que vio pasar el último de sus soldados. Se puso de nuevo en pie, y dirigiéndose en voz alta a las personas que lo rodeaban, dijo:

—*Señores, ya está reparado el robo que les hicieron los carrancistas... Todos pueden dedicarse tranquilamente al cultivo de la tierra; cada quien puede disponer de un par de mulas ¡y a trabajar!*

—*¡Viva el general Villa!* —gritaron las personas que rodeaban al guerrillero.

Las aclamaciones se sucedieron, mientras que Villa, acompañado de Martín López, Nicolás Fernández, Gómez Morentín y otros jefes villistas, se dirigió a la casa donde provisionalmente había instalado su cuartel general en Camargo.

Al llegar a la casa, el guerrillero dijo al comisionado de los conspiradores de la Ciudad de México:

—*¡Ahora sí, Gomitos! Vamos a leer estas cartas, porque luequito nos vamos ir sobre Chihuahua...*

El general Villa rasgó los sobres y entregándoselos a Gómez Morentín, le dijo:

—*Vamos a ver qué dicen los compañeritos ...*

Con gran atención escuchó el guerrillero la lectura de las cartas, y sin hacer comentario alguno, ordenó a Gómez:

—*Tráigase una maquina pa' que le dicte la contestación.*

Y con voz pausada, pero sin titubear un solo instante, Villa dictó las cartas. Mientras que dictaba y teniendo en sus manos las comunicaciones recibidas, las leía poco a poco. Aunque con gran dificultad, el guerrillero leía y escribía. Fue durante el tiempo que estuvo preso en la penitenciaría del Distrito Federal cuando aprendió las primeras letras.

EXPLICANDO SU TRIUNFO

Al terminar de dictar las respuestas, el general dijo a Gómez:

—*Gomitos, ora quiero que te lleves estas cartas a los Estados Unidos y que les informes a los amigos lo que ando haciendo.*

Villa habló al delegado de los conspiradores de la Ciudad de México sobre el triunfo que acababa de obtener sobre las fuerzas del general Murguía, en Rosario, Durango.

—*Murguía me dejó como dos mil cuatrocientos muertos. Era tal la cantidad de muertos, que mis muchachos llenaron una mina con cadáveres* —dijo el general—. *La mina era muy honda y quedó repletita. Murguía salió huyendo con su asistente y se me peló hasta Chihuahua, donde ora le voy a cáir.*

Agregó el general Villa que en su fuga hacia el norte los soldados carrancistas habían hecho grandes daños a los pueblos de la región.

El convencionismo

Después, sonriendo, explicó que al llegar a Camargo había sido visitado por un grupo de vecinos que le habían hecho saber el peligro de que los campos no fueran cultivados durante la próxima temporada de siembras, en virtud de que los federales se habían llevado las mulas y los caballos de los rancheros.

Comprendiendo que la situación era realmente grave, el general dispuso que se llevara a cabo un desfile de sus fuerzas, durante el cual se había obligado a todos los villistas a que entregaran las mulas que montaban. Las mulas recogidas fueron repartidas entre los afligidos rancheros, que no sabían cómo expresar su agradecimiento al famoso guerrillero.

“MÁS LISTO DE LO QUE CREEN”

Cuando el general Villa terminó de hablar de este incidente, invitó a Gómez Morentín para que lo acompañara hasta la ciudad de Chihuahua, plaza que tenía la seguridad de ocupar, dado el espíritu de desmoralización que reinaba entre los federales, como consecuencia de la derrota de Rosario.

Poco después, el general Villa abandonaba Camargo, acompañado de su escolta, para alcanzar el grueso de la columna villista que avanzaba rápidamente hacia el norte.

Después de varias horas de marcha, el general Martín López, quien iba en el grupo que rodeaba a Villa, preguntó a éste la causa por la cual había dado órdenes para tomar un camino por el cual se perderían varias horas para llegar hasta la ciudad de Chihuahua.

El general sonrió, y acercando su caballo al de López, dijo a éste algunas palabras casi al oído. Luego, acercándose a Gómez Morentín, le hizo una revelación. Refirió el guerrillero que a raíz del triunfo de la revolución contra el gobierno del general Victoriano Huerta –y cuando, según su propia expresión “el gobierno americano era mi amigo”–, había logrado introducir en territorio mexicano más de cinco millones de cartuchos.

—*De esos cinco millones* –añadió el guerrillero en tono burlón– *todavía me quedan unos dos o tres.*

Como Gómez Morentín diera muestras de sorpresa, el general exclamó:

—*iPancho Villa es más listo de lo que creen los carrancistas!...*

HACIA EL ESCONDITE

Enseguida, el famoso guerrillero, durante un pequeño alto, llamó a sus lugartenientes y les explicó el plan de ataque a Chihuahua.

El grueso de la columna, fuerte en más de dos mil quinientos hombres, continuaría el avance sobre la plaza amagada, mientras que él, acompañado de su escolta, se dirigiría a un sitio próximo a donde tenía escondido el parque. Era el lugar del escondite una gran cueva en lo más intrincado de la Sierra Madre. El sitio exacto de la cueva solamente era conocido por el propio Villa y tres o cuatro personas más.

Cuando necesitaba parque iba acompañado de las cuatro o cinco personas, dejando a sus fuerzas a un lugar distante y saliendo y llegando a ellas por un punto completamente opuesto al en que se encontraba la cueva. En esta forma, Villa había logrado llagar a cabo la guerra de guerrillas que había empeñado desde 1916.

Las victoriosas fuerzas del general Villa siguieron la marcha hacia Chihuahua y se iba a separar el jefe del grueso de la columna para dirigirse en busca del parque, cuando varios agentes villistas llegaron de la plaza amagada, informando al general de los últimos movimientos del general Murguía y de los preparativos que hacía para defenderse. Los agentes agregaron que tenían conocimiento de que del estado de Sonora avanzaban tres regimientos de caballería para dar auxilio a Murguía.

Después de rendir los informes, los mismos agentes entregaron al guerrillero varias cartas y periódicos de Chihuahua y El Paso. Villa llamó a Gómez Morentín, pidiéndole que leyera los periódicos de Chihuahua.

El guerrillero rió alegremente cuando escuchó la lectura de un reportazgo en el que se aseguraba que la retirada del general Murguía hacia el norte, era solamente “una medida estratégica”, ya que “el principal núcleo villista está compuesto por no más de doscientos hombres”.

DISGUSTADO

Pero la sonrisa del general se transformó en un gesto terrible cuando, en otro número del mismo periódico, se decía que los federales en su retirada al norte habían logrado la captura de un coronel villista, quien al ser conducido a la

El convencionismo

presencia del general Murguía, había indicado el lugar donde Villa escondía varios millones de cartuchos.

Villa no hizo comentario alguno. De pie, con la mirada fija al norte, hacia donde se veía la polvareda de los caballos del grueso de sus fuerzas, permaneció varios segundos. Las manchas rojas que habían aparecido en sus ojos, fueron desapareciendo poco a poco, y en sus rostros volvieron a aparecer los rasgos de la serenidad.

Rápidamente se volvió a uno de sus lugartenientes, ordenándole:

—*¡Que la gente regrese!*

Indicó el sitio donde todas sus fuerzas se habían de reunir al día siguiente, montó a caballo y, seguido de sus amigos y soldados de la escolta, emprendió la marcha al sur, con dirección a Camargo.

La marcha fue lenta y cansada. Nadie hablaba. El silencio del jefe era respetado por todos.

Los revolucionarios pernoctaron en las cercanías del rancho. Desde que había iniciado la guerra de guerrillas, el general jamás pernoctó en los ranchos. Siempre hacía acampar a su gente en las cercanías del poblado.

Sin dar a conocer temor alguno, el famoso guerrillero ordenó que fuera establecida una severísima vigilancia, destacando un grupo de soldados al poblado, con instrucciones de no permitir que ninguno de sus habitantes abandonara los jacales al día siguiente, sino hasta que él lo dispusiera.

PROYECTOS

Ya entrada la noche y como a unos doscientos metros de donde sus asistentes le habían preparado un lugar cómodo bajo un mezquite, ordenó que fuera prendida una fogata y, acompañado de Gómez Morentín y de José María Jaurrieta, se sentó en las cercanías del fuego.

—*A ver, Gomitos, léame otra vez “esas prensas”...*

Envuelto en un enorme cobertor, el general se recostó mientras que Gómez, pausadamente, fue leyendo los periódicos. Cuando Gómez leía alguna noticia referente a movimientos militares, el federal ordenaba:

—*Repítamela, nomás que despacito.*

Después hizo que se le volvieran a leer algunas cartas que había recibido, pareciendo quedar satisfecho.

—Gomitos -dijo entonces—, *mañana vamos a dar por terminada la campaña; luego que lleguen las fuerzas voy a ordenar el “fraccionamiento” y quiero que inmediatamente mañana mismo tú y Jaurrieta salgan para los Estados Unidos, pa’ que me lleven unas cartas y me compren algunas cositas que necesito.*

Se incorporó y, después de permanecer pensativo unos minutos, agregó, dirigiéndose a Gómez:

—*Quiero que vayas hasta Nueva York. ¿Cuánto tiempo, más o menos, tomarás para hacer el viaje?*

—Como mes y medio, mi general —respondió Gómez.

—*Bueno, Gomitos, dentro de seis semanas te espero en la sierra de Santa Gertrudis. Jaurrieta se quedará en El Paso y ahí te va a esperar. Cuando llegues a El Paso, Jaurrieta te dirá con quién te pones al habla para que te lleve a un punto de la frontera, donde ya estará un grupo armado, que los llevará hasta el lugar donde me encuentre.*

—*Muy bien, mi general* —dijeron Gómez y Jaurrieta a la vez.

El guerrillero se puso de pie, ordenando a un asistente que apagara la fogata y al dirigirse al lugar donde se le había preparado el lecho, se volvió a los dos comisionados, y les preguntó:

—*¿Están seguros que terminarán la comisión dentro de seis semanas?*

La pareja contestó afirmativamente, y el general añadió:

—*Bueno, ni un día más, ni un día menos.*

EL FIN DE LA CAMPAÑA

En las primeras horas del día siguiente, Gómez Morentín, sentado en el suelo, escribía las cartas que le dictaba el general. Como de vez en cuando se detenía Gómez para corregir alguna falta, Villa le decía:

—*No se equivoque, porque han de decir que no sé escribir...*

Dictó más de diez cartas en menos de una hora. Deletreando en voz alta, leyó tres de las que consideró de mayor interés y luego, con mucho cuidado, las firmó.

Mientras tanto, el grueso de la columna villista había llegado al punto de reunión.

Villa llamó a sus lugartenientes. Ahí estaban los célebres guerrilleros Martín López, Albino Aranda, Nicolás Fernández y Lorenzo Ávalos.

El convencionismo

—*Muchachos* —explicó Villa a sus lugartenientes—, *vamos a dar fin a esta campaña, ya que estamos contentos de haberles pegado una vez más a los changuitos de Murguía... Desde hoy mismo serán “fraccionadas” las fuerzas y cada quien a su región. Nos veremos dentro de seis semanas en la Sierra de Santa Gertrudis. Mucho cuidado con la caballada; que tenga el mayor descanso posible. Les recomiendo el mayor ahorro de municiones; hay que guardar las balas para la próxima campaña.*

Enseguida dio instrucciones a cada uno de sus lugartenientes, recomendándoles que al regresar a la campaña le trajeran el mayor número de informes sobre la situación de las fuerzas federales.

Hizo formar a sus hombres; y luego, con voz estentórea, les gritó:

—*Muchachos, ¡hasta la próxima campaña!*

Un “viva” al general Villa fue la respuesta de los revolucionarios.

Momentos después, el famoso guerrillero, acompañado del coronel Trillo, de Jaurrieta, de Gómez Morentín y de cuatro personas más, desapareció con dirección al poniente.

Caminó varios kilómetros en la misma dirección, regresando casi al mismo punto de partida, desde donde pudo observar con los gemelos cómo sus hombres, divididos en varios grupos, emprendían la marcha hacia sus respectivas regiones.

—*Ahora* —dijo, volviéndose a sus acompañantes—, *vámonos pa'l norte.*

PLANES PARA EL FUTURO

En la segunda jornada cruzaron tranquilamente por un pequeño poblado, haciendo ostensible su presencia. Al salir del pueblo, el general se volvió a Gómez Morentín y le dijo:

—*Dentro de unos cuantos días “las prensas” carrancistas van a decir que el general Villa pasó por aquí seguido solamente de cinco hombres.*

Cerca de la Sierra de Santa Gertrudis se despidió de Gómez Morentín y de Jaurrieta, recomendándoles:

—*Váyanse aprisa hasta la frontera; cumplen al pie de la letra mis recomendaciones y los espero en el punto que ya les indiqué dentro de seis semanas.*

Pocos días después, los comisionados del general Villa llegaban felizmente a El Paso, cumpliendo la primera parte de las instrucciones recibidas.

Gómez Morentín continuó hasta Nueva York, entregando a la junta que presidía el licenciado Miguel Díaz Lombardo, los pliegos de que era portador. Los miembros de la Junta celebraron una reunión en la que estuvo presente Gómez y durante la cual se dieron a conocer las instrucciones del general.

Las instrucciones fueron aprobadas, resolviendo la junta entregar a Gómez Morentín un proyecto para que el general Villa expidiera un plan revolucionario para comenzar la lucha en todo el país.

El general Felipe Ángeles explicó detenidamente el objeto del nuevo plan, que había sido redactado casi en su totalidad por el general Antonio I. Villarreal. En síntesis, el plan desconocía la nueva Constitución expedida en la ciudad de Querétaro el 5 de febrero de 1917. En cambio de la carta queretana, los miembros de la junta pedían el restablecimiento de la Constitución de 1857, con algunas modificaciones.

Ángeles insistió ante Gómez Morentín sobre la necesidad de que hiciera ver al general Villa la urgencia de que el nuevo plan fuera expedido con el fin de que la guerra de guerrillas fuera transformada en revolución.

—*Es mucho el descontento que reina en México por la expedición de la Constitución de Querétaro* —explicó el general Ángeles —*y creo que este debe ser el momento aprovechado por el general Villa y por todos nosotros para lanzarnos a un movimiento general para derrocar al gobierno de Carranza.*

DE NUEVO A TERRITORIO MEXICANO

Cumplida la misión que se le había conferido, Gómez Morentín salió de Nueva York, siendo portador de numerosas cartas dirigidas al general Villa.

Cinco semanas habían pasado desde el día que se despidiera de Villa, cuando Gómez Morentín en compañía de Jaurrieta abandonó El Paso para dirigirse a un lugar de la frontera, donde cruzó la línea divisoria internándose nuevamente en territorio mexicano y donde ya le esperaba un grupo villista que lo condujo hasta el lugar indicado por el guerrillero.

Cuando la pareja de comisionados llegó al lugar donde estaba Villa, éste no pudo ocultar su alegría, y antes de recibir las cartas y los informes de que eran portadores tanto Jaurrieta como Gómez, el famoso guerrillero les dijo:

—*Tengo un plan para capturar a Venustiano Carranza... ¡en la mera capital...!*

El convencionismo

Y el general Villa sonrió maliciosamente.

(Continuará el próximo domingo)

Magazín de *La Opinión*, Los Ángeles California, domingo 1 de marzo de 1931, año v, núm. 167, pp. 3-4, 6.